

María rebusca en su bolso, en el cual debería encontrarse el número de teléfono de una chica que conocía porque era asidua del café en el que trabajaba.

Se le había ocurrido que quizá ella podría ayudarle, porque cada vez tenía más claro que no podía dejar solo a su hijo con fiebre mientras iba por la mañana a cuidar de una pareja de ancianos, que para ella eran ya como sus propios abuelos.

Y es que estaban tan mayores que eran incapaces de hacerse la comida.

Sus hijos vivían fuera y no se preocupaban en absoluto por ellos.

Deberían irse a una residencia, pero no querían abandonar su casa tras cincuenta años habitándola.

Cuando Miguel no tenía clase se lo llevaba con ella y además colaboraba, igual que hacía en casa, porque le parecía que los niños debían sentirse útiles en lugar de permanecer ajenos a la realidad.

Necesitaba estar pluriempleada ya que con su sueldo de camarera no podía pagar los gastos del niño, los libros, la ropa, la comida y mil cosas más.

Al menos en los lugares donde trabajaba ahora la trataban bien, y eso era lo único que pedía porque su experiencia en otros empleos había sido realmente traumática y demoledora psicológicamente.

Recordar todos y cada uno le produciría una gran fatiga, sobre todo a esas horas de la madrugada, pero aún así trataba de hacer el esfuerzo.

Había empezado trabajando como teleoperadora para una funeraria.

Quizá sonaba a chiste, pero era lo más triste que nadie pudiera imaginar.

La gente, cuando su familiar fallecía, se encontraba absolutamente desesperada, aunque rápidamente se sentían aliviados cuando se les aseguraba que todo quedaría solucionado.

El problema venía luego, cuando llamaban para quejarse porque la empresa aprovechaba que el trato era telefónico para lavarse las manos como Pilatos después de haber incurrido en numerosos fraudes.

Allí se había acostumbrado a que la llamaran zorra, puerca, puta, guarra, furcia, cerda...

Ella no podía hacer nada más que apartar el auricular del oído y sugerirles que en vez de insultarla a ella, que era una simple empleada, demandaran a la empresa.

Por aquella época se sentía como una soldada luchando diariamente en una guerra civil.

Al menos por entonces las cosas iban bien con Marcos, aunque ya había descubierto que su suegra era una verdadera enferma mental, y en parte ahí habían comenzado los problemas.

Lo bueno era que en ese tipo de trabajos tan sórdidos siempre existían compañeras en las que una encontraba consuelo.

Las había simpáticas a rabiarse, especialmente las andaluzas.

Las gallegas eran un poco introvertidas pero de fiar, buenas chicas; y la mejor de todas había sido Melissa, con dos eses.

Qué tía más maja, era un pedazo de pan.

Tal vez como había sufrido tanto en la vida desde que era una niña, no se quejaba nunca por nada.

Siempre sonreía, pero no de un modo cínico como la madre de Marcos, sino con franqueza.

A pesar de no se veían apenas, aún trabajando en el mismo barrio, seguían guardando una gran amistad.

La verdad es que le gustaría verla, quizás le enviaría un mensaje, pero antes tiene que encontrar lo que está buscando, el teléfono de esa chica.